

superiores! ¡Qué mal tan horrible para todas esas jóvenes hermanas, para esas novicias á quienes mi ejemplo desanimaría y arrastraría quizá! ¡Qué gozo satánico para los malos del mundo que supieran mi defección!

Ten por cierto que estas reflexiones serán suficientes para disipar la tentación que pudiera acosarte; y la fórmula de los votos que has empezado á pronunciar con cierta apatía, la continuarás luego con tal sentimiento de amor que hará olvidar á Dios tu momentánea cobardía (1).

CAPÍTULO V

VENTAJAS DEL ESTADO RELIGIOSO

ARTÍCULO PRIMERO

Ventajas para la misma religiosa.

El que por mí dejare su casa, ó á sus hermanos, ó á sus hermanas, ó á su padre, ó á su madre....., ó sus tierras, recibirá el ciento por uno y poseerá la vida eterna (2).

Estas palabras son de Jesucristo; son, pues, verdaderas en toda su extensión.

Estas palabras son una afirmación de Dios, y Dios, que es la misma verdad, no puede ni quiere engañarnos.

Estas palabras son de te, y el santo Concilio

(1) Hablaremos de las obligaciones que imponen los votos de religión en la segunda parte.

(2) San Mateo, cap. XIX, vers. 29.

de Trento, en un decreto solemne, dice en términos precisos: «*Si alguno osare negar que el estado de virginidad, de vocación religiosa, sea más santo y más dichoso que la vida del mundo y, por consiguiente, que el estado del matrimonio, sea anatema.*»

»El mundo se figura, bien lo sabemos, que la vida religiosa es un sacrificio muy amargo, y mira la profesión religiosa como una muerte, y aun hay padres que dicen que tanto ó más querrían ver morir á sus hijos que verlos consagrarse á Dios en un convento....., y lo cierto es que hay mucha semejanza entre las conmovedoras ceremonias de las bodas del Cordero y la pompa fúnebre de un entierro.

»Á la vista de aquel paño mortuario que se arroja sobre la joven que va á consagrar á Dios su virginidad, su corazón y su vida, los padres y los amigos lloran como al lado de una tumba, y la misma Iglesia parece gemir cuando recita sobre aquella virgen, predestinada á ser esposa de Jesús, el cántico de la muerte:

»*De profundis clamavi ad te.....*; pero llora con esperanza, con satisfacción y con delicia, porque sabe muy bien que aquella muerte es la redención; que es la vida verdadera, y no cesa de repetir en ese día de los desposorios: *¡Cuán hermosa es á los ojos de Dios la muerte de los santos! ¡Cuán dichosos son los que mueren en el Señor! Estáis muertos, pero vuestra vida está oculta en Dios con Jesucristo.*

»Sí, realmente mueren esas esposas de Jesucristo; mueren sobre la cruz con Jesús y se entierran con Él..... Tal es el objeto esencial de

los tres votos que las enclavan en ese leño misterioso del sacrificio. La *pobreza* las despoja, y no les deja más que aquel velo negro, especie de mortaja; la *virginidad* llama al corazón y le manda que permanezca siempre cerrado á todo pensamiento, á todo sentimiento de amor terreno; en adelante ya no latirá más que para Dios, ni respirará más que para Dios; la *obediencia* con su espada va al alma y á la vida más directa y profundamente; la hiere y la mata de tal modo, que ya no pensará ni obrará sino con dependencia y por la voluntad de otro.

»La religiosa está muerta, y tan muerta que á los ojos humanos parece un cadáver con el cual se hace lo que se quiere, y se le pone en donde se quiere sin que pueda quejarse (1).»

Mas todo esto no desvirtúa en nada las palabras de Jesucristo.

Probemos á desarrollar esta idea.

I

Felicidad del estado religioso bajo el aspecto puramente humano.

Lo que en el mundo atrae es, para unos los *honores* y las *dignidades*, para otros las *riquezas*, y para otros, en fin, los *placeres*.

El estado religioso da todo esto con más paz, más abundancia, más gozo y más seguridad.

(1) P. Lefèbvre.

I.—HONORES Y DIGNIDADES

Honor de la familia, honor de la dignidad, honor de la reputación; el estado religioso los procura todos.

Ser religiosa es preferir á Dios á un *hombre*; un velo y un *vestido grosero* á una *corona*.

Dadle á ese hombre que se presentaría á la joven en lugar de Dios todas las prendas del corazón y del espíritu; dadle todo el brillo que el mundo puede dar. Hacedle *grande por su dignidad*; rey, si queréis; grande, *por su nacimiento*, llevará un nombre distinguido y su familia tendrá fama desde remotos siglos; grande *por su inteligencia*, será conocido y apreciado; grande *por su carácter*, no se habrá rebajado nunca á nada indigno, ni que desdiga de la probidad; grande, *por sus cualidades personales*, bondad, afabilidad.....; grande *por sus atractivos*..... Uniéndose con él, la joven será admirada, lisonjeada; habrá gustado todas las dulzuras de la grandeza; mas dejad que se pasen algunos años; con la costumbre cesará la ilusión; las adulaciones llegan á ser monótonas, y dirá: *estoy cansada*, y añadirá: *estos homenajes me fastidian*. Este es un hecho que cada día nos demuestra la experiencia.

Y adviértase que hacemos aquí la hipótesis más favorable al suponer que se conserva la *dignidad*, que da esplendor; la *salud*, que ayuda á gozar; la *fortuna*, que conserva la dignidad; la *estimación* de los demás, que puede cambiarse en celos; la *constancia* en el carácter y en el afecto de los esposos; y, por último, que no

viene la muerte á trastornarlo y anonadarlo todo.....

Larga, muy larga sería la enumeración de los disgustos, de los dolores, de las horribles decepciones que se encuentran forzosamente en el camino, tan florido en los primeros días, que conduce á dos esposos, y aun dos esposos cristianos, desde la iglesia que los recibe desposados, á la misma iglesia, quizá, que los recibirá en un ataúd (1).

Ahora nos dirigimos á vosotras, religiosas, que desde hace veinte, treinta ó cincuenta años estáis desposadas con Jesucristo: ¿Te has cansado ya de tu Esposo?

¿Soa sinceras sus promesas?

¿Estás acaso disgustada de tu estado? (2).

(1) «Cesen ya para siempre esas declamaciones sobre la desgracia de estar condenado á una vida uniforme, á deberes imprescindibles, á ocupaciones invariables. No hay objeción contra la vida del claustro que no pueda con mayor motivo aplicarse contra la vida conyugal. El cristiano, el verdadero sabio, sabe muy bien que jamás las obligaciones voluntariamente perpetuas han hecho al hombre desgraciado de una manera permanente; al contrario, sabe que son indispensables para el triunfo del orden y de la paz en su alma. Lo que le tortura y le consume no es ni la regla, ni el deber; es la inestabilidad, es la agitación, es la fiebre de la inconstancia.» (Montalembert.)

(2) Si por un momento entra en el corazón ó en el alma de la religiosa ese sentimiento de disgusto que se encuentra en todas partes sobre la tierra, sabe ella cómo desaparece para dejar el alma ó el corazón más gozosos que antes. Un retiro, una comunión, una confesión, una oración piadosa, devuelven en seguida la paz y la tranquilidad.
¿Cómo encontrará la mujer del mundo la paz y la se-

¿Has notado imperfecciones en el que has elegido?

Los sucesos exteriores, ¿han alterado la fidelidad de tu esposo ó lastimado sus dignidades?

¿Ha venido la muerte á interponerse entre tu corazón y el suyo para desgarrarlos y destruirlos?

¿No eres mil veces más respetada que la mujer del más alto empleado? Respetada de los que tienen fe, y que ven en ti, más que á una reina, á la esposa de Jesucristo; respetada de los que no han tenido valor para imitarte, y que vienen á ti, á ti su compañera ó su igual en otro tiempo, como se va á un consejero prudente, á una alma que posee los secretos de Dios; respetada aun de los impíos, los cuales, aunque hablen mal de vosotras, en general no encuentran en vuestra presencia sino sentimientos de admiración. Exceptuando algunos locos, ebrios de orgullo, jamás á sangre fría ha osado nadie poner las manos en una religiosa, y se han visto militares obligados á obedecer á una consigna, bajar la cabeza y llorar. Y tú misma, ¿no adviertes en ti cierto sentimiento de grandeza que te ennoblece y eleva?

2.—BIENES Y RIQUEZAS

La riqueza, es decir, la posesión y el goce de gran caudal de bienes, es ciertamente pre-

guridad? Sabe que ha desagradado; ¿cómo se arreglará para agradar aún? Sabe que ha ofendido; ¿qué hará para estar segura del perdón?

ferible á la *pobreza*, es decir, á la falta de las cosas necesarias para la vida.

La pobreza hace sufrir, la riqueza excusa muchos sinsabores.

Pero entre la *falta* y la *abundancia* hay un estado que consiste en tener *lo necesario*, de vez en cuando *lo agradable* (á fin de que continúe siendo agradable y no se haga necesario), y en estar seguro que lo necesario y lo agradable no faltarán jamás.

Ahora bien; este estado es mil veces preferible al estado de abundantes riquezas.

Las riquezas, por su misma abundancia, engendran la saciedad; por su monotonía, disminuyen el placer; excitan nuevas necesidades que acaban por no poder ser satisfechas; causan inquietud por el temor de perder esa abundancia de que no se puede prescindir; exigen una vigilancia continua, vigilancia extraordinaria para que nada se pierda ó disminuya.

El estado en donde *lo necesario* existe siempre y *lo agradable* algunas veces, y en donde, sobre todo, no hay el temor de que falte lo necesario, es el *estado religioso*.

La religiosa no tiene más que *una celda*, pero es suficiente, y en ella vive muy bien; está sencillamente adornada, pero es agradable y corresponde al gusto de la que habita en ella.

No tiene muchos *vestidos*, pero cuando los que lleva estén deteriorados se reemplazarán por otros, y estos hábitos sencillos, pero limpios, no causan la inquietud del cambio, ni el embarazo del arreglo, ni el disgusto de la comparación con otros.

No tiene *fincas propias*, las cuales ocasionan los cuidados de explotación y de conservación, pero disfruta de un huerto ó jardín bien cultivado, en donde hay flores que agradan, sitios deliciosos.....

No está exenta de dolencias ni de enfermedades, pero se la cuida y asiste como si hubiera inmensas riquezas; el mismo médico, los mismos remedios y los cuidados son más afectuosos, más solícitos, más maternales sobre todo.

No tiene más que un lecho sencillo, pero bueno, y en él descansa y duerme con una paz y una tranquilidad que envidiaría la más rica matrona.

No tiene manjares delicados, más ¿para qué los quiere, si le gustan los que se sirven por ser abundantes y saciar el hambre, que no necesita del estímulo de condimentos exquisitos?

¿No es verdadera riqueza el tener todo esto?

3.—PLACERES Y ALEGRÍAS

Nos viene ahora la gran dificultad: *Se padece mucho en las comunidades, sobre todo en los claustros, y el tormento viene, principalmente, de la falta de libertad y del trabajo que allí se impone.*

Los que así hablan no han vivido en las comunidades.

No se sale cuando se quiere: mas, ante todo, decidme, ¿se quiere salir? No, puesto que si las religiosas se hallan encerradas es porque han querido encerrarse; además, ¡cuántas mujeres están tan encerradas como las religiosas, sa-

liendo también muy poco, sea por gusto ó por necesidad, y deseándolo sin poderlo conseguir!

1. En los conventos, *la obediencia* que encadena la libertad versa sobre una regla que se modifica según las circunstancias, y que, antes de consignarse por escrito, ha sido largo tiempo practicada, lo cual prueba que no es superior á las fuerzas ordinarias. Ha sido, además, escrupulosamente examinada.

Se obedece á una *superiora* que está obligada por severas leyes, y sobre todo por su conciencia, á no mandar por capricho, á pesar sus órdenes antes de darlas, y á no darlas sino por *el bien* de la persona á quien manda.

En el mundo, ¿no obedece la mujer á su marido, á la moda, á las exigencias de la sociedad, á las visitas importunas, á los jornaleros, á los criados que la sirven, y.... ¡ay! quizá á sus propias pasiones, que no son sus menores tiranos? ¡Qué diferencia!

2. En el convento las órdenes varían poco; lo que se hizo ayer se hará también hoy. De antemano se sabe, poco más ó menos, todo lo que hay que hacer, y la costumbre hace suave, ó á lo menos soportable, lo que pueda haber de penoso en la obediencia.

3. En el convento alivia el peso de la obediencia la idea y la convicción de que se obedece á Dios, y de que todas las acciones, aun las más pequeñas, hechas con esta intención recibirán su recompensa.

¡Oh! hay en el convento una virtud que tiene el poder de hacer cambiar la naturaleza de las cosas, de engrandecerlo todo, de hacerlo

todo casi *divino*; tal es el *espíritu de fe*, generalmente desconocido en el mundo. El alma que tiene la dicha de poseerlo—y Dios 'o da siempre al que se lo pide—no ve en su trabajo, en sus penas, en sus gozos, en los mil accidentes del día, sino un medio de agradar á Dios y de enriquecerse para el cielo. ¿Qué le importa á esta alma estar ocupada en leer, en escribir, en hacer la clase, en barrer, en velar á la cabecera del enfermo, en divertirse cuando se lo mandan, en estar de rodillas delante del Santísimo Sacramento, ó enferma y postrada en un lecho?.... Sabe que cada uno de los momentos que así emplea, dirigida por la obediencia y bajo la mirada de Dios, le vale un tesoro en el cielo. Así, ¡qué gozo, qué luz, qué alegría continua en esta alma!

Penetremos más en este asunto.

¿Qué es lo que se llama *placer*? *Es todo lo que hace gustar una sensación agradable*: he aquí la definición ordinaria; añadamos, para que sea enteramente exacta, *y que no va seguida ni de hastio ni de remordimiento*.

Por lo tanto, estos placeres pueden encontrarse:

1.º *En la inteligencia*, y de éstos los hay en la religión mucho más abundantes que en ninguna otra parte.

La inteligencia encuentra placer en el *estudio*, en la *lectura*, y en el convento hay *horas* señaladas para el estudio. Hay también *maestros* inteligentes y cariñosos, siempre dispuestos á comunicar lo que han aprendido; hay *jueces* experimentados y seguros á quienes

puede uno presentar sus trabajos sin temor de una crítica acerba ó apasionada; hay *amigos* benévolos, que ayudan en los trabajos.

El convento posee libros escogidos, numerosos, raros, especiales, *que la religiosa jamás lograría adquirir* si viviera en el siglo.

La inteligencia encuentra placer en la *conversación*, y en el convento la conversación es más *espiritual* que en el mundo; allí no es maligno el *ingenio*, sino expansivo y animado, y generalmente tiene cierta grandeza y sublimidad.

La conversación es, sobre todo, vivificada por la caridad franca y comunicativa, que no se enfada, que procura complacer, no por sí, sino únicamente por dar gusto y conducir á Dios; no cansa, porque tiene limitado *el tiempo*; no disgusta porque está regulada por la benevolencia. En ella puede haber discusión, pero jamás disputa; puede ser viva y animada, pero nunca colérica ni arrebatada.

2.º *En el corazón*. El corazón experimenta placeres tanto más vivos, cuanto más *puro* y más piadoso sea.

La pobreza le da delicadeza.

La piedad le da sensibilidad.

El corazón encuentra sus delicias en las expansiones de la paternidad y en los dulces lazos de la amistad.

En el convento hay *algo* que no se encuentra en ninguna otra parte: *La madre y la hija de todas edades*, y las relaciones de la una con la otra por toda la vida.

Entre una superiora y una religiosa no hay

solamente *dos corazones* que se hablan, sino *dos almas*. La una siempre niña sencilla, buena, confiada; la otra siempre madre, amando, purificando, conduciendo al cielo.

¿Y los placeres de *la amistad*? ¡Oh, qué buenos son en el convento! ¡Cuánto más verdadera es la simpatía, mejor sentida, más divina, y sobre todo más pura y menos sensual!

Se comprende fácilmente que no sean raras las amigas. Cuando han venido voluntariamente á la misma casa para sujetarse á la misma regla, es porque tenían los mismos gustos, los mismos sentimientos, el mismo espíritu de Dios, y en todo, por consiguiente, ha de haber más parecido. Puede decirse que en el noviciado se han fundido en un mismo molde, allí han aprendido á amarse, y han comprendido, sobre todo, que amándose se agrada al buen Dios.

¡Y las delicias del *alma* delante del Tabernáculo, en donde continuamente, en donde noche y día vive encerrado Jesucristo! Jesucristo, por quien se ha venido; Jesucristo, á quien se ama con amor apasionado, pues ha sido preciso amarle mucho para renunciar por El á todo otro amor.

¡Oh! ¿quién podrá decir el bienestar del alma, la paz, el goce embriagador algunas veces, goce íntimo sin duda, pero que hasta el cuerpo llega á sentir, cuando Jesucristo se comunica á ella?

¿Y qué diremos de aquellos otros deleites tan dulces que se encuentran junto á la imagen de la Santísima Virgen, á cuyos pies va á

postrarse todos los días la religiosa para decirle todo lo que pasa en su corazón, como lo decía en otros tiempos á su madre de la tierra?

3. En *el cuerpo*. ¿Quién osará decir que los placeres del cuerpo consisten en los deleites sensuales y culpables, que conducen al disgusto y engendran los remordimientos?

¡Oh! Hay para el cuerpo otros deleites que se pueden resumir en esta sola palabra: *bienestar*. Ese bienestar, que se compone de *salud*, de *paz*, de *reposo*, de *gozo interior*, es mucho más común en las casas religiosas que en ninguna otra parte.

El espíritu, libre de cuidados, contribuye á equilibrar los humores. La virtud de la resignación á la divina Providencia, que florece en estas casas con tanta abundancia, las mantiene en perpetua paz. Las *recreaciones* de todos los días, reguladas con prudencia, hacen experimentar al temperamento la realidad de lo que significa esa palabra: *recrean, reaniman, rejuvenecen*.

En ninguna parte se oye reír con tanto gusto como en los recreos de los claustros. Una nonada divierte, un chiste excita la risa, una equivocación hace soltar la carcajada. El espíritu ha conservado la viveza de la infancia, que le permite sentir la gracia y la amabilidad de todas las cosas. Nada empaña el corazón que refleja todo lo que es agradable y todo lo que es bello. Allí se cumplen al pie de la letra estas palabras de San Pablo: «Que todo lo que es verdadero y sincero, todo lo que es honesto, todo lo que es justo y santo, todo lo que os

puede hacer amables, todo lo que es de edificación y buen olor, todo lo que es virtuoso, todo lo que es bueno y loable, sea el asunto principal de vuestros pensamientos» (1).

Algunos paseos, sin otro objeto que el descanso, sin otra preocupación que la de pasar *un buen día*, siempre bajo la paternal mirada de Dios, vienen á multiplicar los placeres de la vista y de los oídos.

¡Ah! Estos sentidos, cuya delicadeza conserva la castidad, ¡cuánto mejor ven la naturaleza, cómo la sienten mejor y cómo mejor la respiran!

II

Felicidad del estado religioso en el concepto espiritual.

Podríamos presentar aquí páginas encantadoras transcribiendo los sentimientos que algunas religiosas han dejado escapar de su corazón al hablar de la felicidad que experimentaban en poder llamarse las *esposas de Jesucristo*. Pero estas páginas parecerían demasiado *particulares*; no todas las religiosas pueden sentir de la misma manera, y la lectura de los sentimientos que jamás han experimentado podría desanimarlas.

Nos contentaremos con exponer las *razones* que demuestran á toda religiosa que la elección que ha hecho de Jesucristo por esposo es, en

(1) San Pablo á los filipenses, cap. IV, vers. 8.

cuanto al negocio más importante, *la salvación*, lo más ventajoso y más seguro.

«La vocación religiosa, dice san Lorenzo Justiniano, es, después del bautismo, la mayor gracia que Dios puede conceder á una alma; es una señal de predestinación.»

«El estado religioso, dice santa Magdalena de Pazzis, es un paraíso aquí en la tierra, en donde el alma, más íntimamente unida con Dios, participa más abundantemente de los tesoros de la Iglesia, goza de una paz perpetua, y honra á Dios tanto como la criatura puede honrarle. El estado religioso es el camino *más corto, el más fácil, el más seguro* para llegar al cielo.»

En él se nos manifiesta constantemente la voluntad de Dios por medio de nuestras reglas y por nuestros superiores, y así destruye nuestros antojos, disipa nuestras incertidumbres, dirige todos nuestros pasos, coloca cada una de nuestras acciones en el sitio que le conviene, nos protege contra un celo demasiado ardiente ó un genio caprichoso.

Nos facilita también los deberes del cristianismo con el auxilio de los consejos evangélicos, que nos proporcionan medios para el cumplimiento de los preceptos; y desde el momento en que estos preceptos se nos hacen más fáciles, los practicamos *más libremente*, porque no estamos expuestos á los tiros y á las censuras de la crítica; los practicamos *más seguramente* porque estamos al abrigo de la vanidad, de las alabanzas, de los aplausos. Siendo observantes, humildes, mortificadas, modestas,

caritativas, lo somos sin gloria humana, sin brillo, sin llamar la atención, sin que nadie piense en nosotras, sin que nadie hable de nosotras.

Nos defiende contra el *amor á las riquezas* por la renuncia á toda propiedad.

Contra las *ocasiones del pecado*, por el alejamiento de todo lo que en el mundo excita la curiosidad, la sensualidad, el deseo de agradar.

Contra los *peligros del escándalo*, por los ejemplos de las hermanas.

Contra la *flojedad*, por la regla que indica lo que hay que hacer á cada hora, y por la necesidad de seguir la marcha de la comunidad.

Contra el *olvido de nuestros deberes*, por las lecturas piadosas, por las repetidas oraciones, por las exhortaciones que se oyen continuamente.

«Nos proporciona, dice Massillón, *la inocencia y la paz del corazón*, que el mundo no conoce.

»El *gozo de la buena conciencia*, que es el único manantial de las verdaderas alegrías.

»*Deberes*, cuyo sacrificio se paga al contado por los consuelos que proporciona su cumplimiento.

»Una *sociedad santa*, en la cual hay el lazo de la caridad, y en donde la paz lo endulza todo; en donde no envidiamos nada porque todo es tan nuestro como de nuestras hermanas; en donde no reina la desconfianza porque todos tienen los mismos bienes que esperar y los mismos males que temer; en donde la diver-

sidad de intereses no divide los corazones porque están ligados por un interés común; en donde son desconocidos todos los pesares que emponzoñan la vida humana porque se han desterrado las pasiones que los causan; en donde encontramos consuelos á todas nuestras penas, precauciones contra todas nuestras debilidades, apoyo en las vacilaciones, estímulos para el cumplimiento de todos nuestros deberes.

»Una *vida* tranquila, inocente, llena de buenas obras, y en la cual, aun las acciones más indiferentes, llegan á ser virtudes y se nos toman en cuenta para el cielo.

»Una *muerte*, en fin, llena de consuelos, sin pesar de lo que se deja en el mundo, porque no poseyendo nada no se deja nada; sin inquietud de conciencia por los negocios en que uno se había metido, porque la salvación ha sido el único negocio que nos ha ocupado; sin remordimientos por los bienes mal adquiridos, porque hemos renunciado aun á los que podíamos poseer legítimamente; sin escrúpulos por los cargos á que hemos sido elevados, porque morimos en la situación en que nos ha colocado la obediencia; en una palabra, una muerte dulce, tranquila y de consolador presagio para la eternidad, porque, como el mundo no ha sido nuestra patria, debemos, según las promesas de Jesucristo, encontrarla en el cielo.»

Cierta religiosa que lo había experimentado, decía también: «Parece que nuestro divino Maestro quiere pagar en el acto, y centu-

plicados, cada uno de los escasos sacrificios que pide. ¡Qué diferencia entre el servicio de las criaturas y el del Criador! ¡Dichosos mil veces aquellos á quienes es dado hacer tan dulce prueba! Yo he dado poco á Dios, á pesar de que creo haberme dado á El enteramente; sin embargo, este divino Maestro, tan bueno, tan generoso, me ha devuelto por la ofrenda de mi pobreza tesoros de gracias y bienes tan grandes, que llenan toda mi alma. No puedo decir que siempre sean deleites sensibles; pero es una plenitud de bienes interiores que satisfacen al alma, la contentan, la mantienen alegre y tranquila, aun en medio de las penas, de las amarguras, de los disgustos que la vida trae consigo sin cesar.»

*
*
*

Hemos insertado en nuestro *Libro de las novicias* lo que san Bernardo llama los *frutos de la vida religiosa*. Vamos á reproducirlos aquí con el comentario:

En el estado religioso el alma vive con más pureza,
Cae más raras veces,
Se levanta más pronto,
Anda más prevenida,
Dios la colma de más gracias,
Goza de más paz,
Muere con más confianza,
Abrevia su purgatorio,
Gana más hermosa corona.

Examinemos una por una estas palabras

tan consoladoras, y procuremos descubrir el rico tesoro que encierra cada una de ellas:

**El alma religiosa vive con más pureza
y con más méritos.**

Porque todo lo que hace lo hace bajo la mirada de Dios, en unión con Dios y para ofrecerlo á Dios.

Sierva de Dios, á El sólo obedece.

Unida á Dios por los votos de *castidad, pobreza y obediencia*, trabaja, ora, se recrea, descansa, sin poder separarse de Dios.

No hay en toda su vida ni un solo momento, ni un solo acto que no lo disponga y ordene Dios, y que no deba ofrecer á Dios. Ella lo sabe, y este pensamiento, que la sostiene en sus trabajos y en sus penas, la obliga á obrar con esa pureza de intención y esa pureza de amor, que dan á todas sus acciones un precio incalculable.

Añadid á este mérito el que adquiere por sus *votos*, y ved cuántas riquezas atesora y cuánta gloria da á Dios.

«¡Qué hermosas son y cuán meritorias las más humildes acciones de una religiosa!, exclama un piadoso autor; la diadema de una princesa no vale tanto como la simple escoba de una religiosa, á quien la regla pone en la mano un instrumento tan mercenario.»

El alma religiosa cae más rara vez.

Porque los muros que la separan del mundo;

la regla, que abraza todos los momentos del día y de la noche; las miradas de los superiores, que la siguen afectuosamente; el recuerdo de Dios, que difícilmente pierde; las ocupaciones casi continuas que absorben todas sus horas....., alejan forzosamente las ocasiones de pecar.

¡Dichosa necesidad que obliga á vivir regular y honestamente!

¡Dichosa sujeción que mantiene los miembros ocupados en el trabajo; la inteligencia siempre absorta; la voluntad siempre dispuesta á dirigirse á Dios!

«¡Oh muros, amadísimos muros, exclamaba santa Magdalena de Pazzis, de cuántos peligros me libráis!»

El alma religiosa se levanta más pronto.

Porque se encuentra rodeada de los auxilios más afectuosos, más poderosos y más eficaces.

La oración, la confesión, los avisos, las lecturas piadosas, los buenos ejemplos, las santas inspiraciones, los remordimientos de conciencia están allí á todas horas para alentarla, exhortarla, ayudarla, consolarla, levantarla, fortificarla, perdonarla.

Es preciso que una religiosa sea muy mala para que esté lejos de Dios tan sólo un día. A todas horas puede levantarse, á lo menos por la *oración* y por un acto de *caridad ú obediencia*, que la preparan para una buena confesión.

A todas horas, todos los días á lo menos, puede recurrir á su superiora para pedirle un consejo, un aviso, una palabra de aliento.

Además, ¿no disfruta continuamente de las gracias que atraen sobre la comunidad las santas almas que la componen?

«Cuando cae un religioso, dice un Padre, Dios se apresura á tenderle la mano para levantarle.»

El alma religiosa anda más prevenida.

Porque comprende mejor sus deberes; conoce mejor su flaqueza; aprecia mejor la hermosura de su inocencia; ve toda la gravedad de sus votos, y comprende, sobre todo, la pena que daría á Jesucristo con la menor falta voluntaria.

Así, pues, vigila con cuidado, pero sin embarazo; con toda libertad, sin escrúpulos, sobre sus miradas, sobre su imaginación, sobre sus palabras; se encomienda frecuentemente á su Ángel custodio, en cuya presencia tiene la dicha de vivir..... Asiste sin falta por la mañana al examen *de previsión* que la dispone á evitar las ocasiones y á ser más vigilante.

El alma religiosa recibe más gracias.

Porque vive, casi necesariamente, más *unida* al buen Dios. Dios es el *foco* de donde irradian continuamente gracias sin número; y aunque es indudable que todas las criaturas tienen parte en estas gracias, ¿no es cierto que las que

viven cerca del *foco* reciben una porción más abundante?

Y la religiosa habita en una casa que pertenece á Dios; vive y descansa bajo el mismo techo que Jesucristo; se acerca á la santa Mesa casi cotidianamente; varias veces al día va al Tabernáculo en donde reside Jesucristo; varias veces se pone en oración, invocando, adorando, suplicando, rindiendo gracias; su mismo trabajo no la aleja de Dios, porque lo hace por orden de Dios y bajo la mirada de Dios..... ¿Cómo no ha de estar llena de las gracias santificantes?

El alma religiosa goza de más paz.

¿Quién podría turbar á la religiosa? ¿Acaso no está con Dios, y sobre todo, no es toda de Dios? Las enfermedades podrán quitarle la salud del cuerpo; las calumnias podrán quitarle la estimación de que gozaba; las dolencias podrán hacerla materialmente inútil; el demonio podrá llenar su imaginación de terribles fantasmas, de temores ó aprensiones; sus superiores y sus compañeras podrán, por permisión divina, no ver en ella más que un *estorbo*..... Mas, á pesar de todo, si es fiel en cumplir sus deberes según sus fuerzas; si su alma y su voluntad son enteramente de Dios, aun cuando le parezca que su corazón no es todo para él, puede decir siempre: «*Soy de Dios, y Dios no me abandonará jamás.*»

Y con este pensamiento, ¿podrá faltar la *paz* en el fondo del alma?